

“UN COUP DE DÉS JAMAIS N’ABOLIRA LE HASARD...”

FERNANDO DEL PASO



A sabiendas, varias semanas antes, que el 29 de abril de 1994 sería un día sobre el cual tendría yo que decir algo o mucho, me enfrenté a una alternativa: o planeaba cuidadosamente todas mis actividades, o todo lo dejaba al azar. Ganó el azar, pero tuve el gusto de violentarlo. Recordé que Borges dijo una vez: “y pensar que hay un libro, en mi biblioteca, que jamás volveré a abrir...” Numeré entonces mis librerías, e hice un sorteo: salieron el once, el cinco y el dieciocho. De estos tres, sorteé los entrepaños y, de cada entrepaño, los libros que contenía. El azar puso en mis manos tres libros que deseaban ser abiertos: el *Diccionario de mitología náhuatl* de Robelo, uno de los *Cahiers de la Compagnie Madeleine Reanud/ Jean-Louis Barrault* —diciembre de 1955— y el tomo primero de la Enciclopedia UTEHA.

El azar determinó también la página de cada libro que debía leer. Del primero, la 396, en la que me encontré una fuente, el *tozpalatl* o “agua pintada de amarillo”, de la que bebían los sacerdotes aztecas. Los *Cahiers*, donde me encontré una fotografía de mi madre a los quince años, me depararon un mediocre artículo sobre un ensayo sobre André Gide. La página de la UTEHA que debí leer, contiene la historia de cuanto hombre célebre llevó el apellido de “Agüero”, palabra que, como se sabe, en español quiere decir *premonición*. Nada, pues, extraordinario, salvo el retrato de mi madre.

Me levanté a las siete de la mañana hora de Guadalajara, tres de la tarde hora de París, y me puse la corbata, el traje, la camisa y el pañuelo que me había señalado el azar por medio de varios sorteos. Tuve que asistir a una reunión en el Consulado Norteamericano. Las colas para las visas eran, como siempre, interminables: la mayor parte gente joven y pobre a quien le negarán la entrada a Estados Unidos, tras humillarla. Muchos, pensé, llegarán de todos modos para agregarse a millones de indocumentados.

Salí del Consulado a las diez, una de la tarde hora de Wall Street donde quizás sufrirían de nuevo las acciones de empresas mexicanas a causa del asesinato, el 28, del jefe de la policía de Tijuana. La bellísima ciudad de Guadalajara ardía ya, envuelta en las llamas de esos maravillosos árboles color rojo fuego, los *tabachines*. Ese día, el 29, el Gobernador de Jalisco, Costo Vidaurri, solicitó la prórroga de la licencia que pidió tras la catástrofe del 22

de abril de 1992: la explosión, en Guadalajara, de ocho kilómetros de gasoducto urbano, causante de cientos de muertos.

A las once de la mañana, siete de la noche hora de Bosnia, llegué al sitio exacto —un cuadrado formado por doce manzanas— también determinado por el azar mediante otro sorteo previo para que lo recorriera yo ese día. En la bolsa llevaba yo tres papelitos que decían, uno: “de frente”; otro: “izquierda” y el tercero: “derecha”. Los revolvi y los saqué una y otra vez, y ellos determinaron mi rumbo durante dos horas. Frente al parque Revolución, encontré un café llamado “La bombilla”, como se llamaba el restaurante donde, en 1928, fue asesinado el presidente Álvaro Obregón. Sesenta y seis años después cayó herido de muerte, también en Tijuana, Luis Donald Colosio, al que el azar parecía haber destinado a ser presidente de México, mi país.

De nuevo, nada maravilloso me ofreció el azar durante mi caminata por Guadalajara. Vi, en una librería, un volumen titulado *La pobreza en México*, de González Navarro. Los lectores de *Le Nouvel Observateur* sabrán que no es necesario ir a una librería, o al estado de Chiapas, para conocer la pobreza que abruma a México y que avanza como un cáncer. En una tienda, le compré a mi hija Paulina unos aretes indonesios de plumas de pavoreal. Al lado, me encontré con un restaurante hindú, cosa para mí nueva en Guadalajara. Pero el azar ya había determinado, entre la cocina mexicana, francesa, libanesa, alemana, italiana y china, que fuera esta última la que disfrutaríamos mi mujer Socorro y yo el 29 de abril. El azar dejó fuera a la cocina hindú.

Ese mismo azar, mediocre, indiferente a mis ansias de revelaciones y portentos, me llevó a una linda plaza, la de El Carmen, y a una tienda de maniqués donde intenté en vano comprar dos manos de hombre para hacer una escultura. En México, todos los maniqués de los escaparates son blancos, como lo son casi todos los actores de los comerciales de la televisión. Setenta millones de habitantes de piel oscura no existen.

Comenzamos a comer en “El Dragón de Oro” a las dos de la mañana hora de Pekín y acabamos a las diez de la mañana hora de Sidney. Entre el cerdo, los camarones y el pato, fue el pato el platillo que me designó el azar, y un vino mexicano Santo Tomás le ganó a un Rioja. Lle-

gamos a la casa a las seis de la tarde y pensé que todos los escritores de Europa, África y gran parte de Asia a los que *Le Nouvel Observateur* les había pedido lo mismo que a mí, ya habían comenzado a vivir el 30 de abril, mientras que yo tenía aún seis horas para pensar y hacer cosas extraordinarias.

Pero mi jornada no fue otro 16 de junio de 1904, ya que ni siquiera culminó con una gran borrachera, como la de Leopold Bloom. No, a las tres de la mañana hora de Dublín, comencé a trabajar en una escultura de las que llamo "Objetos Magritte" para obedecer al azar, que decidió entre la escultura, la pintura y la escritura, y a las 9 de la mañana hora de Pakistán me metí a la cama a leer: Neruda y, desde luego, uno de los libros más hermosos que lei en mi juventud, *Los alimentos terrestres*, de André Gide.

Cerré los ojos a la hora en que solía yo abrirlos en París: 11 de la noche de Guadalajara, siete de la mañana de la Torre Eiffel. Y pensé: "todavía estoy vivo, y no sé si lo merezco".

No sé, tampoco, cuánta gente murió, asesinada o de hambre en Gorozde, Kigali o la Sierra de Puebla el día 29 de abril. Ni cuánta gente hizo el amor en el mundo, ni a cuántas personas el azar los hizo nacer, casarse, volverse drogadictos o prostituirse ese día. Este mundo es un pañuelo que no alcanza a beber las lágrimas de este valle en que morimos —más que vivimos— víctimas del odio, de la pasión, del sida, de los terremotos y las inundaciones, del fanatismo, la estulticia y la insania, seis mil millones de seres humanos. Pobre gente toda la gente, decía Pessoa. Pobre, sí, y qué privilegiados todos aquellos que podemos, a pesar o gracias quizás a un azar pobre, vulgar, insulso, trivial, vivir un día más, celebrando la belleza inefable del mundo, lamentando su crueldad infinita. En estos casos —que durante tantos días se repiten—, el azar merece un adjetivo más: el de milagroso.

Termino de escribir este artículo el domingo primero de mayo, a las 10 de la noche hora de Transilvania. ❖

DE LA CRITERIA AL DIÁLOGO

En medio de un ambiente sombrío para la vida del país (levantamientos armados, crímenes políticos, secuestros de empresarios, devaluaciones) se reunieron hace unas semanas los líderes de las principales fuerzas políticas de la nación para firmar ante el presidente Ernesto Zedillo lo que se ha denominado los Compromisos para el Acuerdo Político Nacional. Acuerdo que los mismos protagonistas del hecho no dudaron en considerar un reconocimiento de la paz y de la concordia como valores fundamentales para nuestra sociedad. Con la firma de ese compromiso el PRI, el PAN, el PRD y el PT se propusieron iniciar un diálogo nacional para impulsar una reforma electoral definitiva tanto en el dominio federal como en las distintas entidades del país. No faltarán escépticos que objetan lo tardío de la decisión. ¿Se pudo llegar antes a un acuerdo de este tipo? No es fácil saberlo. Sabemos en cambio que ocurrieron varios acontecimientos que pudieron impedirlo: el levantamiento armado en Chiapas, la intransigencia de varios partidos políticos y los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu. Por ello, y en el espíritu de este acuerdo, conviene no seguir alimentando enconos y divisiones como las que ahora propician la búsqueda de chivos expiatorios para culparlos de la actual situación económica. Esa última actitud, comprensible en los políticos, no lo es en los comentaristas. Todo juicio político que aspire a ser útil debe sustentarse en análisis profundos

de la vida económica y política y no reducirse a reclamos, pullas y denuncias. Criticar un modelo económico requiere propuestas positivas y no descalificaciones apresuradas o nostálgicas de otros modelos que ya han fracasado. La economía es una ciencia pero también es un arte y una técnica, como la medicina o la meteorología; por lo tanto, está expuesta no sólo al error sino a la contingencia y al accidente.

El simple hecho de la reunión entre representantes de partidos con ideologías y propósitos muchas veces irreconciliables fue, hay que decirlo, un acontecimiento de excepcional importancia. Un acto genuinamente democrático que, si se encamina hacia acciones concretas, puede resultar definitivo para un país muchas veces dividido en asuntos fundamentales. De mantenerse el clima de respeto y de voluntad de diálogo entre los diferentes grupos y partidos este primer acuerdo podría convertirse en el primer paso para la fundación de una nueva cultura política en México.

Aunque los firmantes de los Compromisos para el Acuerdo Político Nacional manifestaron su decisión de realizarlo lo más pronto posible, es prudente no esperar resultados inmediatos ni espectaculares. La democracia es el lento aprendizaje de todo un grupo social y no la decisión de unos cuantos. Ninguna negociación, ningún diálogo político es fácil: implica, en primer término, reconocer al otro como interlocutor y, sobre todo, respetar sus diferencias. Tampoco hay